

## **El estrecho de Ormuz, conflicto EEUU e Israel – Irán 2026 y sus implicaciones para Ecuador**

El estrecho de Ormuz es uno de los puntos geoestratégicos más sensibles del sistema energético mundial. Ubicado entre Irán y Omán, conecta el Golfo Pérsico con el Golfo de Omán y el mar Árabe, y funciona como la principal salida marítima para el petróleo producido por Arabia Saudita, Irak, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Catar, Baréin e Irán. Según la Agencia Internacional de Energía – AIE (por sus siglas en inglés), por ese paso transitaban en 2025 alrededor de 20 millones de barriles diarios de crudo y productos petroleros, equivalentes a cerca del 25% del comercio marítimo mundial de petróleo. La propia AIE advierte que las rutas alternativas son limitadas, por lo que cualquier disrupción en Ormuz tiene un efecto inmediato y global sobre precios, oferta y expectativas.

En el contexto actual, la guerra entre Estados Unidos e Israel contra Irán ha devuelto a Ormuz al centro del riesgo geopolítico global. Reuters reportó que el conflicto ha estrangulado el tránsito por esa ruta, por donde pasa aproximadamente una quinta parte del suministro diario mundial de petróleo y gas natural licuado, provocando recortes de producción en varios países del Golfo y una fuerte dislocación logística en los mercados energéticos. La situación dejó de ser un simple riesgo potencial y pasó a reflejarse en interrupciones físicas, encarecimiento de cargas y búsqueda urgente de sustitutos por parte de refinadores y compradores.

El estrecho de Ormuz es un nodo crítico para las economías asiáticas, particularmente para China, Japón y Corea del Sur, que dependen de manera estructural de las importaciones de hidrocarburos provenientes del Golfo Pérsico. En el caso de Japón, más del 90% de su petróleo importado transita por esta ruta, mientras que China, aunque ha diversificado parcialmente sus fuentes (Rusia, África y América Latina), sigue recibiendo una proporción relevante de su crudo desde Medio Oriente a través de Ormuz. Esto convierte al estrecho en un punto de vulnerabilidad sistémica para Asia: cualquier disrupción no solo encarece la energía, sino que pone en riesgo la continuidad operativa de sus sectores industriales y logísticos.

Desde la perspectiva de mercado, esta dependencia se traduce en una alta sensibilidad a shocks de oferta. Un cierre o restricción en Ormuz obligaría a estos países a competir agresivamente por suministros alternativos, elevando los precios spot del crudo y ampliando los diferenciales entre benchmarks. Además, aumentan los costos de transporte y seguros marítimos, lo que se traslada directamente a cadenas de valor intensivas en energía, como manufactura, petroquímica y transporte marítimo. En economías como la japonesa, altamente industrializada y con limitada producción energética interna, estos shocks tienen efectos inmediatos sobre inflación, balanza comercial y crecimiento económico.

En el plano estratégico, la exposición a Ormuz ha llevado a estas economías a desarrollar mecanismos de mitigación, como reservas estratégicas de petróleo, contratos de suministro de largo plazo y diversificación de rutas y proveedores. Sin embargo, estas medidas solo amortiguan, pero no eliminan el riesgo. Por ello, cada episodio de tensión en el estrecho reconfigura no solo el mercado energético, sino también las decisiones

geopolíticas y financieras de Asia: desde la acumulación de inventarios hasta la aceleración de inversiones en energías alternativas. En definitiva, Ormuz no es solo un punto de tránsito, sino un factor estructural en la estabilidad macroeconómica y energética del eje Asia-Pacífico.

Distintas coberturas coinciden en que el petróleo ya superó los USD 100 por barril. el WTI superó los USD 100 y que el Brent rebasó los USD 105 durante la escalada inicial de marzo. Reuters añadió que el mercado siguió tensionado durante la semana y que el Brent llegó a cotizar incluso por encima de USD 119 antes de moderarse, mientras Goldman Sachs elevó su escenario de corto plazo bajo la premisa de que una interrupción prolongada en Ormuz mantendría al crudo sobre los tres dígitos. En otras palabras, el mercado ya está incorporando una prima de guerra y de interrupción de suministro, no solo una reacción emocional de corto plazo.

Para Ecuador, este shock tiene una lectura mixta. Por el lado favorable, el país sigue siendo exportador de crudo, por lo que un mayor precio internacional mejora el ingreso por exportaciones petroleras, fortalece la balanza petrolera y puede aliviar temporalmente la caja fiscal. El Ministerio de Economía y Finanzas proyecta que entre 2026 y 2029 Ecuador exportaría en promedio 127 millones de barriles de crudo, mientras importaría en promedio 69 millones de barriles de derivados. Esa estructura explica por qué un alza del crudo beneficia al país por el lado externo, pero no de manera lineal ni completa: Ecuador vende materia prima, pero sigue necesitando comprar combustibles refinados para abastecer su mercado interno.

Ahí aparece el otro lado del problema. Ecuador no es autosuficiente en derivados, de modo que el encarecimiento internacional del petróleo también presiona el costo de importación de diésel, gasolinas y otros combustibles. El BCE muestra que solo en el cuarto trimestre de 2025 el país exportó 28,8 millones de barriles de crudo frente a 6,36 millones de barriles de derivados, reflejando justamente esa dualidad entre productor de crudo e importador relevante de combustibles procesados. Por eso, un petróleo caro puede mejorar ingresos por exportación, pero al mismo tiempo encarecer la factura energética interna, elevar costos de transporte, logística, generación eléctrica e inflación.

En materia de subsidios, conviene hacer una precisión importante. No es correcto afirmar que Ecuador ya no subsidia combustibles en términos absolutos. Lo que sí ocurre hoy es que las gasolinas Extra y Ecopaís se venden sin subsidio estatal en el período vigente del 12 de marzo al 11 de abril de 2026, dentro del sistema de bandas. Además, el diésel del sector automotor conserva apenas una subvención marginal de alrededor de cuatro centavos por galón. Sin embargo, otros combustibles todavía mantienen subsidios relevantes, especialmente los vinculados al sector eléctrico o el Gas Licuado de Petróleo – GLP y ciertos usos específicos. Petroecuador, por ejemplo, reporta para ese mismo período subsidios significativos en diésel para generación eléctrica y GLP doméstico. Ecuador ya eliminó el subsidio pleno en las gasolinas de bajo octanaje y ha reducido fuertemente el costo fiscal en combustibles automotrices, pero todavía mantiene subsidios en otros derivados y sectores.

Desde una perspectiva macroeconómica, el efecto neto para Ecuador dependerá de tres variables: la duración del conflicto, la magnitud real de la interrupción en Ormuz y la capacidad fiscal del Estado para absorber el mayor costo de los derivados todavía

subsidiados. Si el conflicto es corto, el país podría capturar un beneficio temporal por mejores precios de exportación sin un deterioro demasiado fuerte del frente fiscal. Pero si la crisis se prolonga, el resultado puede volverse más complejo: aumento de costos de importación energética, mayor presión sobre tarifas y subsidios residuales, encarecimiento del transporte y riesgo inflacionario. La ventaja relativa de Ecuador frente a episodios pasados es que hoy el Estado ya no carga con el mismo peso del subsidio generalizado a las gasolinas, lo que amortigua parcialmente el golpe fiscal. Aun así, el país sigue expuesto porque su matriz petrolera continúa siendo la de un exportador de crudo con dependencia estructural de derivados importados.

El estrecho de Ormuz no es solo un paso marítimo: es un cuello de botella del sistema energético mundial. Cuando se tensiona, el precio del petróleo deja de responder únicamente a fundamentos de oferta y demanda y empieza a incorporar riesgo militar, logístico y financiero. Para Ecuador, eso genera una paradoja conocida: el país puede recibir más ingresos por exportar crudo, pero también pagar más por importar los combustibles que necesita. En el escenario actual, la reducción de subsidios a las gasolinas amortigua parte del impacto fiscal, pero no elimina la vulnerabilidad estructural del país frente a un choque prolongado del mercado petrolero internacional.

Como vemos, los mercados de valores con por ejemplo las acciones de compañías petroleras y en otros casos específicos de commodities, dependiendo del estado y precios de los contratos, no son ajenos a estos fenómenos, es por eso que es posible el plantearse utilizar instrumentos derivados tanto como mecanismo de cobertura como de especulación.

La volatilidad generada por eventos geopolíticos como el conflicto en el estrecho de Ormuz no solo impacta los precios spot del petróleo, sino que activa de manera inmediata los mercados de derivados. En este contexto, los contratos financieros se convierten en la principal herramienta para gestionar riesgo, anticipar precios y estabilizar flujos de caja. Los instrumentos más relevantes son los futuros y opciones sobre petróleo, particularmente sobre benchmarks como Brent y WTI, negociados en mercados organizados como el Chicago Mercantile Exchange – CME o Intercontinental Exchange – ICE.

Los contratos de futuros permiten fijar hoy el precio de compra o venta de petróleo para una fecha futura. Por ejemplo, una aerolínea, una naviera o incluso un importador de combustibles puede tomar una posición larga (compradora) en futuros para asegurarse un precio ante una posible escalada. De manera inversa, un productor o exportador (como podría ser el caso indirecto de economías petroleras) puede utilizar posiciones cortas para asegurar ingresos futuros. En esencia, el futuro convierte un precio incierto en un precio conocido, trasladando el riesgo de mercado hacia participantes dispuestos a asumirlo (especuladores o traders).

Por su parte, las opciones sobre petróleo introducen una capa adicional de sofisticación. Un importador puede comprar una call option (derecho a comprar a un precio determinado) para protegerse ante un alza, mientras mantiene la posibilidad de beneficiarse si los precios caen. Esto es especialmente útil en entornos de alta incertidumbre como el actual, donde el riesgo es asimétrico. Asimismo, estrategias

combinadas como collars (compra de call y venta de put) permiten estructurar coberturas más eficientes en costo, estableciendo rangos de precios aceptables para la operación.

Adicionalmente, en mercados over the counter – OTC se utilizan instrumentos como swaps de commodities, donde dos partes intercambian flujos basados en precios fijos versus variables del petróleo. Estos son ampliamente utilizados por gobiernos, grandes corporaciones y otros para estabilizar presupuestos energéticos. En el caso de países como Ecuador, este tipo de herramientas podría tener un rol relevante para gestionar la volatilidad en la importación de derivados, especialmente en escenarios donde los precios internacionales superan niveles críticos como los USD 100 por barril.

En conjunto, estos instrumentos no eliminan el riesgo, pero sí permiten administrarlo de manera técnica. En un entorno donde el precio del petróleo está cada vez más determinado por factores geopolíticos, el uso estratégico de derivados deja de ser opcional y se convierte en un componente esencial de la gestión financiera tanto a nivel corporativo como soberano.